

VIGILIA DE ORACIÓN

Vosotros sois la luz del mundo

(Mt 5, 14)



BEATIFICACIÓN
DE 498 MÁRTIRES DEL SIGLO XX
EN ESPAÑA

Parroquia San Pedro Bautista (franciscanos)

Jueves, 24 de octubre, 2007 - ALCORCÓN

1. RELATO DEL MARTIRIO DE LOS PADRES VÍCTOR CHUMILLAS Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Fray Víctor Chumillas nació en Olmeda del Rey (Cuenta) el 28 de julio de 1902. Siendo aún niño, destacó por su religiosidad, laboriosidad y amor a los pobres. Reprendía a los que blasfemaban y predicaba incluso a los adultos. Con frecuencia hablaba de los mártires franciscanos del Japón, y decía: *Voy a ser franciscano para irme a misiones y morir mártir*, deseo que mantuvo hasta su muerte. Ingresó en el Seminario franciscano, fue ordenado sacerdote y en 1936 se encontraba como superior en el Seminario franciscano de Consuegra (Toledo). Por entonces gozaba ya de fama de santidad. El 24 de julio del mismo año, Fray Víctor y sus compañeros fueron expulsados del convento, siendo acogidos en sus casas por familias amigas del pueblo. El 9 de agosto fueron detenidos y encarcelados. La noche del 15 al 16 fueron sacados de la cárcel y conducidos al lugar del martirio. El vicepostulador de la causa nos relata los últimos momentos del padre Chumillas y compañeros con las siguientes palabras:

Sin perder tiempo, los milicianos abrieron la parte posterior de la caja del camión y mandaron bajar a los franciscanos. El P. Víctor Chumillas fue el primero en hacerla y en dirigirse al sitio de la ejecución, en el momento cumbre de su ministerio de Guardián de la comunidad, como el pastor que antecede a su grey en la inmolación. Iba conducido por los milicianos, con las manos atadas y entonando el *Libera me, Domine*. Los milicianos lo colocaron de espaldas a la carretera, a unos diez metros de ésta, en un rastrojo. Iban bajando serenamente del camión los otros diecinueve franciscanos. Ya en tierra, los verdugos les cacheaban a todos y les quitaban las medallas y objetos religiosos. Después, sin ser llevados, los religiosos se fueron dirigiendo uno a uno a donde estaba el P. Chumillas y poniéndose a continuación unos de otros hasta formar la fila de los veinte, todos de espaldas a la carretera.

Como una sola voz, sin quebrarse, y con un solo espíritu, caminaban cantando el *Libera me* y lo continuaron en la fila. Los tres coches pequeños que habían escoltado al camión dirigieron

sus focos al grupo de las víctimas; *además, había luna*. A los dirigentes y milicianos se les veía nerviosos, como agarrotados y desconcertados, no atinando a veces a coordinar oportunamente sus pasos y movimientos; en las víctimas, paz, mansedumbre, serenidad y fortaleza admirables, no observadas por el conductor en casi ninguna otra *saca*; fueron derechos y orando a su inmolación, sin quejas ni reproches a nadie, sin desviarse en intento de huida.

Joaquín Arias, el alcalde, colocó a ocho metros de los religiosos al piquete de ejecución, compuesto, al menos, por doce o catorce individuos, y preguntó a aquéllos si querían pedir algo. El P. Víctor le contestó:

- *Que nos desaten para poder morir con los brazos en cruz como Jesucristo; no tengan miedo, que no escaparemos.*

Lo denegó el alcalde. Insistió el P. Chumillas:

- *Que nos fusilen de cara, no de espaldas.*

Y aquél:

- *Podéis volveros.*

Lo hicieron todos. El P. Víctor se dirigió por última vez a su comunidad:

- *Hermanos, elevad vuestros ojos al cielo y rezad el último padrenuestro, pues dentro de breves momentos estaremos en el Reino de los Cielos. Y perdonad a los que nos van a dar muerte.*

Intervino Joaquín Arias:

- *¿Tenéis algo más que decir?*

Y el P. Guardián:

- *Estamos dispuestos a morir por Cristo.*

Como un eco de sus palabras, se oyó una voz *enérgica y entusiasta*:

- *Perdónales, Señor, que no saben lo que hacen.*

Era Fr. Saturnino. Y entonces, las órdenes de rigor:

- *¡Apunten! ¡Disparen! ¡Fuego!*

Al tiempo y mezclándose con las primeras descargas, sin un lamento, un coro de veinte voces, vigoroso, vibrante, venciendo la voz de las armas, llenando el valle:

- ¡Viva Cristo Rey!

¡Viva la Orden Franciscana!

¡Perdónales, Señor!

Siguieron los disparos hasta que no quedó en pie ningún religioso. Eran aproximadamente las 3,45 de la madrugada del domingo 16 de agosto de 1936. Sucedió en Boca de Balondillo (Fuente el Fresno, Ciudad Real). Realmente aquella pólvora valía mucho: para convertir un campo en santuario, para hacer veinte héroes, veinte nuevos testigos de Dios y de su Cristo, veinte nuevos mártires de la Iglesia: Víctor Chumillas, Angel Ranera, Domingo Alonso, Martín Lozano, Julián Navío, Benigno Prieto, Marcelino Ovejero, José de Vega, José Álvarez, Andrés Majadas, Santiago Maté, Alfonso Sánchez, Anastasio González, Félix Maroto, Federico Herrera, Antonio Rodrigo, Saturnino Río, Ramón Tejado, Vicente Majadas y Valentín Díez. Seis de ellos eran sacerdotes y catorce, estudiantes de teología. Los primeros, excepto el P. Ángel, de 58, tenían entre 29 y 36 años. Los jóvenes, entre 20 y 23.”

(RINCÓN CRUZ, Marcos, OFM, *Testigos de nuestra fe. Mártires franciscanos de Castilla (1936-1939)*, Madrid 1997, 465-466).



2. ORACIÓN

*Oh Dios, que enviaste a tu Hijo,
para que muriendo y resucitando
nos diese su Espíritu de amor.*

*Nuestros hermanos,
mártires del siglo XX en España,
mantuvieron su adhesión a Jesucristo
de manera tan radical y plena
que les permitiste derramar su sangre por Él.*

*Danos la gracia y la alegría de la conversión
para asumir las exigencias de la fe;
ayúdanos, por su intercesión,
y por la de María, Reina de los mártires,
a ser siempre artífices de reconciliación en la sociedad
y a promover una viva comunión
entre los miembros de tu Iglesia en España;*

*enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores,
en la nueva evangelización
haciendo de nuestras vidas
testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos.
Te lo pedimos por Jesucristo,
el Testigo fiel y veraz,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.*



3. PRISIÓN Y MARTIRIO DEL PADRE PERFECTO CARRASCOSA

Aunque el próximo domingo serán beatificados 492 mártires de la guerra civil española. En número de los que entregaron su vida por Cristo alcanza, entre sacerdotes, religiosos y seculares, cerca de 10.000 personas. Entre ellas se encuentra el franciscano fray Perfecto Carrascosa. El padre Marcos Rincón, vicepostulador de la causa de los mártires de la Provincia franciscana de Castilla nos recuerda, al narrar su biografía, que antes de ser detenido se sentía un tanto temeroso ante la posibilidad de tener que enfrentarse con el martirio, pero después de ser detenido experimentó un cambio profundo, demostrando un valor cristiano totalmente inesperado. Había nacido en Villacañas (Toledo) el 8 de abril de 1906. Aunque vivía en el convento franciscano de San Antonio del Retiro de Madrid, al estallar la guerra civil, se trasladó a su pueblo natal y se refugió en casa de sus padres, pensando que allí estaría seguro. Fue delatado por un vecino, detenido y llevado a la cárcel, donde estuvo hasta el 17 de octubre de 1936. He aquí un breve relato de su prisión desde el momento en que salió de su casa detenido:

“Una conmoción de entrañas y unas lágrimas silenciosas impedían hablar a la madre; la consternación, a los hermanos. La fe dio fuerza al padre para decir con firmeza:

- *Hijo mío, a decir la verdad.*

Y con la misma firmeza, Perfecto le contestó:

- *Sí, padre; sí.*

Y con un dominio de sí mismo y una serenidad total, se entregó a los que le buscaban, sin resistirles ni preguntarles ni reprocharles. Ellos, armados, se lo llevaron a la ermita del Cristo, donde ya había detenidos otros buenos cristianos, y en ella lo tuvieron preso hasta su muerte. Al llevarse detenido, su familia, para la que la religión era la vida, debió ponerse a orar, como él les había pedido, y seguiría haciéndolo día a día, para que a ese hijo suyo, a quien Dios había escogido para ser su testigo, le diese la fortaleza de su Espíritu. Cuando despuntó el día, Julián Torres,

autor de su detención, iba pregonando su hombrada por las calles del pueblo, y la celebró invitando a sus amigos con una botella de aguardiente.

La prisión del P. Perfecto se prolongó treinta y tres días, desde la madrugada del 14 de septiembre hasta la del 17 de octubre de 1936. Fue una prisión heroica, con el heroísmo del mártir. Muchas fueron las torturas que le infligieron y mayor su fortaleza, que todas las venció hasta consumir su holocausto.

Los primeros días fue su hermana Lucía la que le llevaba la comida; su madre estaba tan afectada que no se sentía con fuerzas. Una vez respuesta, fue la madre quien ordinariamente se la llevó. Ellas dos, algunas otras personas que le vieron y los compañeros de prisión pudieron observar las señales de las torturas: el cuerpo, como si no cupiese en las ropas por estar hinchado; el rostro, amoratado y desfigurado; los ojos, enrojecidos e hinchados; la ropa, con sangre... Julián Torres, participaba en esas torturas; se jactó de ello en alguna ocasión, y desde el frente escribió a sus hermanas que estaba deseando volver para dar otra paliza al fraile.

No era el P. Perfecto el único torturado. En aquella ermita, entonces prisión, todos recibían palizas; ordinariamente era en la sacristía, pero los golpes se oían fuera. El sacerdote D. Manuel Simón fue matado a palos delante de todos los presos, y expiró diciendo: *¡Jesús, José y María!*. Algunas de esas palizas seguían a los intentos fallidos de hacer blasfemar al preso; así era en el caso del P. Perfecto. Una señora, cuyos hijos hacían guardia en la ermita, decía por las tiendas y los puestos del mercado que el fraile era un tonto, pues podía librarse de los golpes repitiendo las blasfemias y no lo hacía, y añadía:

- Hay que ver qué palizas le están dando para que blasfeme y no lo logran.

El P. Perfecto había asegurado a su padre, al ser sacado de su casa, que diría la verdad; y lo estaba cumpliendo. Podían matarle, que él no renegaría de su fe, no blasfemaría de Dios, de su Santísima Madre, cuya santidad inmaculada había ensalzado en

sermone y en poemas, ni de sus santos. Una vez le presionaban:
- *Di que tu madre es una mala mujer y que la Virgen también lo fue.*

El, con una serenidad pasmosa, les replicó:
- *Mi madre no es lo que decís, aunque pudo haberlo sido; pero la Virgen ni lo fue ni pudo serlo.*

Los tormentos no le hacían flaquear y derrumbarse, antes bien le daban más firmeza y serenidad. Los compañeros de prisión estaban admirados de cómo los soportaba, en paz, sin una queja, sin una acusación o desfogue contra los verdugos. Si, al salir de la sacristía, le preguntaban si le habían hecho daño, él contestaba simplemente:
- *Un poco.*

Mandó una vez un pantalón y ropa interior a la familia para que se lo lavasen. Todo iba con manchas de sangre. Por eso le encargó al que se la llevaba:
- *Diles que no se impresionen, pues me tratan con bastante consideración.*

La prisión y sus torturas no hicieron mella en la bondad de alma del P. Perfecto, ni en su celo apostólico, que la situación estimuló. En vez de estar abatido, además de ofrecerles el ejemplo, brindaba a sus compañeros de prisión palabras de aliento, les exhortaba a soportar el martirio, a no blasfemar y a perdonar a sus verdugos, les animaba a orar rezando con ellos y les administraba el sacramento del perdón.”

(RINCÓN CRUZ, Marcos, OFM, Testigos de nuestra fe. Mártires franciscanos de Castilla (1936-1939), Madrid 1997, 13165-466).

Fue fusilado en el cementerio de Tembleque (Toledo) en 17 de octubre de 1936.

